

liador y sugirieron el manifiesto de la guerra sin cuartel á la reciente libertad y sin respeto al pueblo francés. Fersen y Calonne mataron á la familia real.

Un intrigante orleanista, llamado Limón de apellido, tráfuga del seno de la libertad al seno de las reacciones, formuló en claro francés todas cuantas demencias se le habían metido en el seso á los dos principales autores de las regias desgracias, tan próximas á desenlazarse y terminar por una espantosa tragedia. En cuanto el redactor lo sometió á sus dos coautores, encontrándolo éstos admirable, lo sometieron por su parte á los dos monarcas, que le aprobaron forzosamente al considerar su monárquico fervor. Pasado por la pluma del apóstata Limón; revisado por el juicio de los dos redomados reaccionarios, llegó á la forma del generalísimo que debía bajo enseña semejante atacar á Francia. El manifiesto hizo el mismo efecto á Brunswick que si le hubiera caído sobre la cabeza una teja del tejado. Príncipe, odiaba en la revolución los descatos á la monarquía; pero, filósofo, proclamaba los principios con la monarquía compatibles. Además, como buen segundón de casas reales, padecía de terribles obsesiones ambiciosas. Cuantos nacen cerca de un trono, sienten impulsos á subir sus gradas y ocupar su espacio. Á río revuelto, ganancia de pescadores. El generalísimo de los coligados era un pretendiente á la corona, como pudiera serlo el duque de Orleans. Carrá le había propuesto para rey de Francia, y él sabía que, si no daba por el pie á los viejos reyes, no podía entrar en la estirpe y en la categoría de los nuevos. Así odiaba con odio inextinguible á los emigrados; huía de todas las intransigencias y de todos los intransigentes; repugnaba la reacción; y se apercibía en sus ilusiones y esperanzas locas á presentarse como un iris de paz allí mismo donde lo enviaban como ángel exterminador. Mas, quien manda, manda, y cartucho en el cañón. Su rey, el rey de Prusia, su emperador, el emperador de Alemania, mandaron que firmase tan escandaloso manifiesto, y lo firmó. Pero lo firmó con tal disgusto, que se hubiese cortado la mano derecha. Efectivamente, no podía echarse una cantidad mayor de aguardiente y de aceite sobre un voraz incendio. Todo lo encerrado en tal obra tenía una fuerza explosible tan extraordinaria, que, al estallar, había de romper en mil pedazos la corona de Francia. El veinticinco de Julio se firmó, el veintiocho era ya conocido en París. Un bombardeo sobre la capital no hubiera producido extrago semejante al producido por las ideas reaccionarias del dichoso documento. Comenzaba mezclándose sin escrúpulo en cosa tan del dominio y autoridad nacionales como la lesión enorme inferida por los derechos humanos y leyes constitucionales al patriciado feudal de Alsacia. Seguía metiéndose donde no le llamaban, y ahondando en la política interior con verdadero ahinco. Ahogar la triste anarquía, perseguir los constantes perturbadores de la paz pública, restaurar el poder legal, redorar la desdorada corona de los reyes absolutos, reforjar las rotas cadenas de los pueblos emancipados, reedificar los altares caídos, como indicaba el manifiesto, suponía una tal intervención en los asuntos de Francia, que pasara su autoridad y su gobierno del Parlamento y

del rey parlamentario al ejército conquistador y á sus generales y sus leyes. Como si el poder judicial pudiese del suelo ser cogido y á las alturas levantado por el filo de las bayonetas, distribuía tan maldito manifiesto el derecho á su grado, conminando con premios y castigos al pueblo, y diciendo así que la soberanía con tanto esfuerzo fundada por Francia se había trashumado á los tronos de Prusia y Austria. La defensa del suelo nacional resultaba en estos conceptos de la Realeza europea un crimen, y los defensores, á pesar de cumplir un deber tan rudimentario, eran tenidos y considerados como criminales condignos de la última pena. Toda la preservación que se había ocurrido á los manifestantes para custodia y salvaguardia de los monarcas, era decir que si el menor agravio llegaban á sufrir éstos, no quedaria en París piedra sobre piedra, y los diputados, y los regidores, y los revolucionarios todos, como responsables de aquel provocado esfuerzo gigante, habrían de sufrir la última pena. El criterio de los coaligados no podían reconocer, según ellos, las leyes dadas por un Parlamento faccioso; la legislación debía provenir del Rey solo, absoluto señor de su voluntad, y único llamado á regir los destinos de Francia. Y para demostrar cuantas concomitancias existían entre la emigración y la corte; cómo el extranjero iba sobre Francia por un expreso mandato de los monarcas, conjuraban á los reyes para que saliesen de París y se fueran á una fortaleza limitrofe, con lo cual, disponiendo de todo el ejército invasor, podían á su gusto gobernar al reino. La traición de Luis XVI y Antonietta no podía quedar más evidente, ni más señalado el castigo que los traidores merecen.

Catalina de Rusia, que se las echaba de muy escritora, disertó largamente sobre la propiedad del usado lenguaje y sobre la corrección del literario estilo, alabando la obra pensada por los dos reaccionarios militantes, y escrita por el antiguo amigo del duque de Orleans diciendo á cuantos querían oírlo cómo no quedaba otro recurso sino la inevitable apelación al hierro y al fuego, pues hay que hablar muy alto, muy gordo, muy fuerte, á los canallas y á los miserables, cuando razonan ellos con libertad, sin caer en la cuenta los cuitados de que Dios prestó el raciocinio tan sólo á los que ostentan algún privilegio y merecen por su cuna ó por su oro, si no por su corona y su espada, llamarse privilegiados. Ante una provocación tamaña, no había más remedio que declarar la patria en peligro. Y como realmente lo estaba, no sólo por las amenazas de una invasión extranjera, por los relampagueos de una guerra civil próxima, semejante declaración, que de ser platónica, hubiera resultado ridícula; por sustentada en la realidad, tuvo el soberano influjo sobre todos los ánimos y sobre todos los espíritus de las disposiciones que impone la realidad y son transcendentales á lo porvenir con una verdadera transcendencia. En los periódicos de la época encontramos artículos describiendo el efecto producido por la declaración del peligro de la patria, que había Vergniaud arrancado al parlamento, y por el manifiesto de Brunswick, que había dado un golpe tan terrible á la revolución. Cuantas plazas públicas, destinadas á la inscripción de los voluntarios, había en París, presentaban un espec-

táculo tan sublime, que conmovía todos los corazones y levantaba todos los ánimos. El pueblo entero quería correr en busca del amenazador ejército y en defensa del suelo amenazado. Los jóvenes hablaban de sus guerras como pudieran hablar de sus nupcias. Ardía el patriotismo en los ojos é inspiraba las más felices frases á los labios. Aunque latían los pechos al entusiasmo, estos latidos no disminuían la serena reflexión y no dificultaban las comunes unánimes resoluciones. Francia se presentaba y ofrecía de suyo ante la vista del pueblo entero como las apariciones místicas ante la vista del devoto éxaltado. Los ancianos inscribían sus hijos con lloros, pero añadiendo que se morirían de pena si estos hijos no se inscribieran de grado en las listas donde se hallaban inscritos tantos nombres modestos, los cuales resplandecían ya con fulguraciones de gloria. Madres, cristianas y francosas, tan dulces por su índole, y tan industriadas en el amor y en la caridad, parecían venir de la Esparta incommovible, según señalaban á sus hijos las vías heroicas del combate á muerte. Nadie quería ser exceptuado del servicio, excepción de suyo tan buscada en los tiempos normales. Los bajos querían parecer altos y fuertes los débiles. No se conformaba ninguno con que les rechazaran el auxilio prestable á Francia cuando los brazos no se miden, ni los esfuerzos, ni los músculos, excitados y removidos por la electricidad revolucionaria, cuya virtud convertía los humildes en héroes. Rechazado hubo que quiso, en el acto de rechazarlo, suicidarse, por no poder ir á pelear. Cuantos á razón de su edad, de su salud, de su oficio, debían quedarse inactivos en París, mostraban á los combatientes una envidia noble, muy análoga con el espoleo de la emulación que sirve para producir y facilitar todas las grandes creaciones. Los nervios vibraban como si en cada voluntario hubiera un soldado de Salamina ó de Platea. ¡Cuán cierto que las ideas se definen y concretan por sus contrarias! ¡Cuán cierto que surgía la entidad patria por el combate á los patriotas que la defendían y afirmaban su derecho de gobernarse á sí misma! En la Europa monárquica existieron Estados, mas no existieron jamás naciones. Pero este pueblo francés en esta hora sublime constituyó su nación, proclamándola soberana de sí misma, y defendiéndola contra todas las Monarquías y contra todos los Reyes, incluso la Monarquía y los Reyes franceses! Cuanto más estudiamos la Historia, nos desasimos menos del dogma de la Providencia combatido por los positivistas contemporáneos. La Constituyente no habrá otra cosa hecho que afirmar la Nación ideal y hacer de su soberanía un abstracto dogma: la guerra hizo de la Nación una entidad positiva y verdadera, no inspirada en ideas abstractas y estatuida en leyes mejor ó peor pensadas, viviendo en el tiempo y en el espacio, é imponiendo á sus mismos enemigos la verdad de su existencia y la evidencia de su soberanía.

Una ceremonia cívico, según saben arreglarlo en Francia, fomentaba todos los grandes sentimientos y hacíalos resonar á una con extraordinaria resonancia. Sergent, el adjunto á Pétion en la municipalidad, ideó este ceremonial en su mente de artista y lo realizó con

entusiasmo, propio de todo exaltado patriota. Obscureció así el festejo de la revolución los festejos de la corte. A las siete de la mañana, el día destinado para la trágica declaración del patrio daño y peligro, congregábase la municipalidad en su palacio municipal; mucho antes, con el alba, se reunirían por destacamentos seis legiones de la Milicia nacional á la vista del Palacio; un cañonazo de alarma, sonaría del amanecer al anochecer, de hora en hora, tras haber saludado con salvas la salida del sol; un toque de generala producido por bandas de tambores muy sonoros llamaría todos los ciudadanos de París á situarse con sus peculiares armas en los correspondientes distritos; á las ocho comenzaría la formidable procesión precedida por caballería vistosa y zapadores con sus preciosos arreos, acompañada de cañones que pesarian sobre aquel pavimento y de trompetas que llenarian los aires con sus voces; cuatro heraldos habrían de seguir á estos piquetes y avanzadas, todos caballeros en briosos caballos, empuñando historiadas enseñas circuidas de guirnaldas, en cuyos centros se leerían las palabras mágicas de libertad y de igualdad; tras éstos irían doce oficiales del Ayuntamiento adornados con sus insignias y rodeados por notables de la ciudad revestidos de sus uniformes; un estandarte, mayor que todos los demás, luciría en pos de los anteriores, llevando de relieve y resalte palabras tan trágicas como esta: «ciudadanos, la patria está en peligro»; seis piezas de cañón con varios destacamentos de caballería estarían encargados de custodiar el estandarte; á cada una de las paradas apercebidas para descanso de la manifestación oficial, impondría una palabra estentórea profundo silencio, que, obtenido enseguida, permitiría la declaración del daño público acompañada con redobles fúnebres, leyéndose luego el decreto de la representación popular que así lo manifestaba, todo ello entre himnos elegiacos de antemano compuestos, marchas solemnes dispuestas para orquestas numerosas, coros formidables parecidos á la voz de París, coronas de laurel para los héroes y verdes palmas para los mártires congruentes con lo solemne de la ceremonia y lo sublime de la ocasión. Cuentan y no acaban los que presenciaron esta procesión del efecto popular producido por ella. El centelleo de los ojos que fulminaban rayos de guerra y de combate al impulso del común entusiasmo; los gritos de las muchedumbres aclamando las dos divinidades por todos los corazones adoradas, la libertad y la patria; el sonido melodioso de las músicas acompañadas por el concierto de las voces entonando patrióticas odas; aquellos anfiteatros llenos de gentes exaltadas y fervorosas que acaloraban la ceremonia de inscribir en cuadernos sobre tambores colocados las señas y nombres de los soldados del humano progreso; aquellas guirnaldas de flores bien olientes y aquellas banderolas con inscripciones bien hermosas; los abrazos con que recibía la multitud al voluntario inscrito; los juramentos religiosos que resonaban en los aires llenos de notas y de perfumes; las lágrimas vertidas por los que admiraban aquel grandioso espectáculo y compartían el universal sentimiento hicieron que se recordase á tal hora todo cuanto exaltara un tiempo á la humanidad en sus esfuerzos por la redención: el himno de Moisés